

De la misma carne



Luis y Lucía, desde el primer momento en que se conocieron, armonizaron a la perfección. Su matrimonio fue casi un “*relojito perfecto*”, una notable “*máquina aceiteada*” y un excelente ejemplo de convivencia. Siempre el “*si*” amable y cordial, brotaba desde ambos lados de la pareja. Jamás un “*no*”. Siempre el “*si*” acompañado de una amable sonrisa. Él, con un trabajo muy bien pago y ella, apoyándolo en todo. ¿El secreto para que funcione tan bien una pareja? ¡Hacer siempre, todo lo que le gusta al otro...!

Todo era tan lindo y fantástico, que en secreto, Lucía temía que algo muy malo sucediese... En la vida, no es raro que acontecimientos muy hermosos, sean el prelude agazapado de tragedias...

Por años, todo siguió espléndidamente bien. Periodos de trabajo intensos, eran finalizados siempre con vacaciones largas y siempre, sin ningún tipo de problemas. Viajes, espectáculos culturales y salidas, o lo que fuese, siempre los disfrutaban juntos y de la mano. A todas partes, llegaban unidos en cuerpo y alma. Pero... (A la larga, siempre fatalmente hay un pero...), una nubecita negra comenzó a amenazar a la idílica pareja. Una nubecita que con el tiempo, fue creciendo y tapando el radiante cielo azul... Los temores de Lucía, comenzaron a hacerse dolorosa realidad.

Un hijo, faltaba un hijo. Ese hijo que hubiese sido el fruto cristalizado del amor entre esos padres... se negaba a aparecer. Años y años fueron quedando atrás... pero ese hijo tan ansiado, no llegaba. Y muy ansiado, si... pero solo por ella. No por Luis. Estudios, exámenes y análisis... seguidos de más y más estudios, exámenes y análisis. Una esperanza de maternidad, de tanto en tanto... seguida de un fracaso estéril, amargo y doloroso. A Luis - el mismo lo decía - le daba lo mismo - y se encogía de hombros -... sobre todo cuando quería negar que su machismo estuviera herido.

Luis, muchas veces pensando en silencio y solo si se descuidaba, se sorprendía preguntándose si quizá con otra mujer..., no hubiese sido todo mucho más fácil... pero se reprimía. Y trataba de no pensar. Solo le preocupaba que por culpa de esa maldita esterilidad, Lucía estuviera demasiado triste. Demasiado.

Algo fue pasando entre ellos y Luis, comenzó a salir de noche y sin ella... y a llegar muy tarde, incluso descuidando su trabajo. Lucía, comenzó a sentirse sola en esas largas noches. Luis, comenzó a beber mucho más que antes... Ella, a llorar mucho más que antes...

Un domingo a media mañana, mientras el silencio y una brisa suave inflaban la amarillenta cortina del comedor de su casa, como si fuese una majestuosa vela de barco, Luis y Lucía se sentaron juntos. Como en los viejos tiempos, se acomodaron en sus sillones preferidos...



Entre el periódico, el mate y las crocantes medialunas, volvieron a sentir algo de aquella felicidad perdida. Pero solo fue un parpadeo, una sombra de aquello que fue y que ahora, se sentía con dolor que ya no era... y pasó volando etéreo ante sus ojos cansados... y solo por un fugaz instante. Como para que al dolor lo percibiesen todavía más

Al principio charlaron y hasta rieron de muy buena gana. Pero de golpe, ambos sintieron que un veneno ponzoñoso se infiltraba nuevamente hasta lo más profundo de sus huesos. El rencor rugía y clamaba por venganza. Mientras él hojeaba su diario y ella, la revista... estuvieron un largo rato sin hablarse, compartiendo esa desgarrante soledad de estar solos, aunque el uno junto al otro.

La revista mostraba la foto de un niño de la calle, cuidando de otro aun más pequeño. Lucía quedó inquieta ante semejante imagen y sintió que algo muy fuerte, le pegó de lleno en el rostro y en su alma. Detrás de los ojos inmensos de aquel niño, se adivinaba una tremenda soledad y un miedo mal disimulado, que clamaba por un abrazo tierno y maternal.

La imagen sirvió para que Lucía se atreviese a hablar con Luis. Juntó y tragó saliva, respiró hondo y mirándolo directamente a los ojos, le dijo muy serena y resuelta: - *Quiero adoptar a un niño...*

- *¡Ni loco...! ¡No sería de mi sangre...! ¡No sería mi carne...! ¿Traer un extraño a esta casa y encima, considerar que sea mi hijo? ¡Jamás!* - le respondió Luis, tapándose el rostro con las paginas del diario.
- *Entonces... nos separamos, Luis. Mañana empezamos los tramites, así me puedo ir...* - le contestó Lucía, muy segura, arrojando con bronca la revista y encerrándose en el baño.

Solo el llanto doloroso de Lucía, lejano y detrás de la cerrada puerta, era la respuesta ante el lastimero vozarrón de Luis, intentando que recapacitase o mejor, lo perdonase... Fueron cinco, diez... quince minutos y la puerta, tras un seco crack, volvió a abrirse... quedando en su lugar cuatro desesperados brazos, estrechados con infinita fuerza, acumulada en tantos meses y meses de no hacerlo. Prolongados por tanta sed que se junto en el desierto de sus almas. Un poco de aire llenó los poros de ese maltrecho matrimonio, hasta desear ambos que ese mágico instante no transcurriera jamás y que se perpetuase, en esa infinita y dulce emoción del reconcilio.

Quizá por eso, a regañadientes, Luis aceptó adoptar un hijo. Quizá por eso, en poco tiempo Juancito inundaba de llantos y pañales toda la casa. Quizá por eso..., Luis siguió saliendo por las noches, buscado el “no pensar”, anestesiado bajo los efectos deletéreos del alcohol.

No es mi carne, se repetía en su cabeza todo el día. No es mi carne, le repetía el silencio por las noches. No es mi carne, le repetía su rostro en el espejo. No es mi carne. No es mi carne... Y Luis bebía y bebía... hasta que el “No es mi carne” se transformaba por un rato en una cáscara vacía. Y después recomenzaba.

Con muy refinada hipocresía y fingidos sentimientos paternos, cuando llegaba la



Asistente Social hasta su casa, Luis se desvivía en elogios por el niño, buscando que el informe al Juzgado de Menores, no pusiera en riesgo la tenencia del pequeño. No por él, sino por ella... Hipocresía le sobraba, tanto o más que el alcohol circulando por sus venas e inundando su cerebro.

- *¡Vino tu papa...!* - le advirtieron con alegría a Juancito otros chicos, una tarde en que jugaban en el frente de su casa.
- *No, el no es mi padre...* - les respondió con amargura, temiendo que Luis se enojase si escuchaba, pues ante los vecinos también la “jugaba” de padre ejemplar.
- *Que existas o no, a mi me da exactamente lo mismo... ¡a mi, no me haces falta para nada!* - le decía Luis con bronca, deletreando cada sílaba, refregándole en el rostro su condición de pobre guacho, cada vez que el niño hacía una travesura, propia de su edad.

Y por esas sutiles e inexplicables bromas, empaquetadas con mucho dolor, que a veces nos juega el caprichoso destino de humanos que cargamos, la vida le regaló a Lucía un regocijante e inesperado embarazo. Cuando nació Carolina, Juancito estaba próximo a los seis años... Se sentía mucho más grande, pero también mucho más solo. Despertaba al darse cuenta que era simplemente “el guacho...”, por lo menos para Luis.

Y Luis siempre lo amenazaba, aun cuando Juancito le servía de cadete “todo servicio”, obediente y sumiso. Hasta que un día y en castigo, Luis dejó de hablarle... más o menos, para el tiempo en que la pequeña Carolina comenzó a balbucear y a llenar con gorjeos los silencios.

Entre el odio y el rechazo, sazonados con indiferencias de todos los matices, Juancito siguió creciendo en altura y en capacidad de soportar ese destino tan adverso. Creciendo, aunque no tanto como le siguió creciendo la adicción a Luis, por el venenoso y deletéreo alcohol.

Juancito – es posible - se “*salvó de comer entre los tachos de basura*”. Y eso se lo recordaba muchas veces Luis, por ejemplo cuando se negaba a comer algún tipo de alimentos. Pero nunca se salvó de sentirse una basura, o de sentirse que sobraba en esa casa, o que era el “*negrito de mierda*” que un día llegó, porque “se apresuró Lucía y no esperó hasta quedar embarazada”.

Sin embargo el cariño de la madre y luego el de Carolina, lo ayudaron y protegieron... casi siempre. Pero igual, Juancito sentía esa infinita ausencia de un padre cariñoso y soportaba en silencio, como mejor podía, a esa figura tan odiosa que le había tocado en suerte...

- *¡Solamente quiere comer carne, solo le gusta lo más caro...!* - acostumbraba Luis a gritarle muchas veces a Lucía, golpeando con sus puños en la mesa y lamentando tener que gastar tanto dinero, en alguien que ni siquiera era su verdadero hijo.

Pero Luis se fue cocinando en la salsa de su egoísmo tan estrecho, de su machismo imbécil que pretendía tapar sus muchos complejos y de tanto odio, sazonado con muchísima amargura y demasiadas frustraciones. Aunque por unos meses dejó de beber, la piel se le puso amarillenta y grisácea, con el aspecto de un pato sucio de laguna perdida. El vientre



muy hinchado, como preñado en dolores nauseabundos y las encías, que le lloraban sangre... Cirrosis, dijo una biopsia y al poco tiempo, quedo una sola esperanza para Luis, flotando entre los sueros del hospital... el transplante de hígado o la nada.

El Hepatólogo, la Psicóloga y los Cirujanos, se fueron entrevistando con una Lucía cansada, con una Carolina radiante en sus dieciocho años ... y el único compatible - concluyeron luego de acumular cientos y cientos de análisis, ecografías y arteriografías -, debido a esas cuestiones de volumen del hígado y a esas cuestiones del rechazo..., era Juancito. Solo Juancito. Y Juancito, de varoniles veinticuatro años... dijo rotundamente que si. Que aceptaba.

Juancito donó una parte de su hígado para su padre adoptivo. Y se recuperó rápido, muy rápido y al tercer día, se fue de alta. Luis demoró un poquito más, aunque se fue de alta al décimo día. Una lágrima rodó por la mejilla de Luis cuando retornó a su casa... no podía expresarle a Juancito, todo aquello que sentía.

En ese momento fue cuando Juancito, le dio el primer beso de su vida a Luis, su padre adoptivo. La felicidad, una vez más, atravesaba el dolor. Ahora si era su padre, no porque Luis le haya dado la vida, sino porque él - Juancito - se la había retornado... Ahora si, eran de la misma sangre. O de la misma carne... Como siempre había querido Luis.

fin